

CHINA EN EUROPA

EDUARDO HARO TECLEN

LAS dos primeras etapas del primer ministro chino, Hua Kuo Feng, por Europa —Francia y Alemania Federal; le quedan Gran Bretaña y la República italiana— no parecen demasiado favorables para el levantamiento de la cruzada antisoviética que pretende Pekín. Los países europeos se mueven con mucho cuidado en el marco de sus relaciones con Moscú. China, potencia que se inscribe cada vez más dentro del marco occidental, y que no regatea su colaboración —incluso la adelanta— en los grandes temas de litigio, sobre todo en las zonas del Tercer Mundo, es un interlocutor agradable hasta cierto punto. Hua es un hombre que está ofreciendo un mercado muy extenso, tanto para los productos terminados como para las inversiones de capital. Pero parte de lo que quiere comprar es desagradable: armamento. Un armamento que Moscú sólo puede considerar como dirigido contra la Unión Soviética y para aumentar las tensiones en su amplia frontera. El antisovietismo que ofrece lo ofrece con demasiada vehemencia y con muy poca discreción. Es cierto que sustituye el nombre directo de la Unión Soviética por el de "hegemonismo", pero la clave está tan explicada, que el efecto es el mismo. La tesis china —antes de Hua, antes de los cambios históricos en China— es la de que el "hegemonismo" prepara la guerra, y que la guerra es inevitable. No se trata, por lo tanto, de intentar evitarla, sino, en todo caso, de aplazarla, y de aprovechar el tiempo de aplazamiento para debilitar al enemigo. Es una tesis que en Estados Unidos es muy compartida: es el pesimismo duro que trata de cortar el paso a todo apaciguamiento, a cualquier forma de desarme, a las negociaciones o a la distensión. En Europa la recogen los medios conser-

vadores, pero dista mucho de ser la tesis oficial. Europa ha sido muchas veces campo de batalla; sería el primer terreno de destrucción en el caso de una guerra nuclear. Tiene que apurar al máximo su esperanza de que la guerra es evitable, o los datos que maneja no suelen coincidir con los de la paranoia china. Europa tiene una necesidad absoluta de profundizar sus relaciones con la URSS, y lo lleva haciendo desde hace muchos años. A veces, a pesar de los Estados Unidos. No va a cambiar ahora por la presión china.

Desde el momento en que pisó por primera vez la tierra europea, en Francia, Hua Kuo Feng explicó la lección básica. "La dura realidad es que nuestro globo está cada vez más agitado y turbulento". En Europa la situación militar es grave, en Oriente Medio, en Africa, en la región del mar Rojo, en Asia meridional, en Indochina se utilizan "medios perversos" como "sembrar la cizaña, injerirse en los asuntos interiores de los demás, fomentar golpes de Estado, e incluso practicar, por agentes interpuestos, la agresión armada y la ocupación militar", todo ello para "apoderarse de importantes recursos y bases estratégicas, para controlar las vías marítimas". "El despliegue de disposiciones planetarias que tienden a la hegemonía continúa con encarnizamiento". Se trata de "aplicar una política exterior que consiste en combatir el hegemonismo y defender la paz mundial". Se trata de "retrasar la llegada de una tercera guerra mundial y mantener la paz durante un período largo". No se desmiente, por lo tanto, el carácter inevitable de la guerra mundial: se busca retrasar su comienzo y mantener la paz, aunque sea solamente por un período largo.

Los gobernantes de los "cuatro grandes" de Europa

escuchan a Hua con reservas. De todos ellos, sólo uno —Margaret Thatcher— utiliza un lenguaje relativamente parecido. Hace unos días —el jueves de la semana pasada—; Thatcher ha hablado contra la URSS y contra Brejnev personalmente con la misma rudeza. Pero sus contactos con Moscú, de todo orden, no han cesado. Y tampoco parece dispuesta a vender armamento a China. Es uno de los objetivos del viaje de Hua Kuo Feng: adquirir armas especiales. La URSS ya ha advertido a los países visitados, y aun a otros, por una carta directa firmada por Brejnev, que consideraría esas ventas como una agresión. Por su parte, los Estados Unidos tampoco están dispuestos a ese tipo de ventas de armamento. Se les podría ir de las manos el control de la declaración de guerra. Es una de las formas del "peligro chino": que el miedo a la agresión, que el temor a la guerra, que su paranoia profunda les llevara a iniciar por sí mismos un enfrentamiento con la URSS, a despecho de sus nuevos aliados, que se verían envueltos en algo que no dependería directamente de ellos. Hace unos meses, la ofensiva militar china contra el Vietnam pudo haber sido ya un "casus belli"; y se dice que Carter utilizó el teléfono rojo para hablar con Brejnev y darle seguridades de que Estados Unidos pondría todo su esfuerzo para insistir en la retirada, que poco después se efectuó.

Rechazando toda esta estrategia china, como ya lo han hecho Giscard y Schmidt con las palabras recomendadas por la diplomacia, pero insistiendo en el desarme, en la reducción de tensiones como medio de llegar a la paz, tratan de utilizar, sin embargo, la trascendental carta chi-

na. Hay una utilización básica, empleada a fondo en Estados Unidos, que se lanzaron a ella desde la apertura china, que consiste en sostener, aun en precario, el gran enemigo de la Unión Soviética para debilitarla, para que sienta continuamente la hostilidad en uno de sus flancos. En Europa es esencial que la URSS deposite la mayor carga militar y los mayores nervios y tensiones en la frontera con China, y no en el continente. Una segunda utilización es la de la reconversión de China en una democracia abierta. Consiste en un inmenso escaparate de que el comunismo no sirve, o ha fracasado. Escaparate para Europa, escaparate sobre todo para Asia y los países del Tercer Mundo. Si a los treinta años de su revolución, después de haber tenido líderes como Mao o como Chu En Lai, con todas sus experiencias económicas y políticas, tiene que volver a sistemas democráticos paracapitalistas, es que el comunismo no sirve. Esta conclusión encierra un sofisma. Es precisamente el comunismo, o esa forma de comunismo, el que ha hecho que un inmenso país como China, comido por la miseria y la explotación, viviendo una subvida aún peor que la de la India, explotado por todo el mundo poderoso, separado por las luchas de los "señores de la guerra", pueda hoy ser una inmensa nación poderosa, capaz de representar un papel trascendental en el equilibrio del mundo. Lo mismo podría decirse de la conversión de los barrizales nevados de Rusia, dominada por un sistema corrupto y decadente, en una de las dos grandes naciones del mundo. El problema auténtico que se plantea ante el comunista es el de saber si ese beneficio es suficiente, si de lo que trataba el comunismo era

de la conversión de naciones en potencias cargadas de sus viejos vicios —nacionalismo, política de fronteras, hegemonismo— o en sistema de vida de hombres y mujeres; y si lo que sus poblaciones tienen que sufrir en falta de libertades y en condiciones de vida todavía muy difíciles es realmente inherente a cualquier forma de comunismo. Este es

apertura de un mercado. Es un mercado de novecientos millones de personas que viven sobre un suelo de una inmensa riqueza potencial. Si ciertos beneficios del comunismo han sacado de la miseria física a los chinos, parece que la política de Pekín estima que para seguir adelante ya no basta esa autarquía o esa austeridad, sino que es

la técnica. Está ofreciendo la mano de obra y las riquezas interiores a precios de competencia: el comunismo asegura que esa mano de obra es barata, y no tiene huelgas ni conflictos laborales de ningún orden. En ese aspecto, tanto a China como a sus "partenaires" de los países ricos les interesa la perpetuación del régimen. Pero quiere a su vez

drarla en reglas de disciplina". No está muy lejana de algunas definiciones que se han ido en el mundo con regímenes que parecían diametralmente opuestos: a los españoles nos recuerdan demasiado el énfasis que se puso en la defensa de la "democracia orgánica", en un momento en que, a nuestra escala y dentro de nuestras posibilidades, se pretendía también hacer un injerto en Occidente sin perder lo esencial del régimen: propiciar inversiones extranjeras con una mano de obra de precio bajo dominada por los "sindicatos verticales" y por una situación de fuerza, que es un equivalente de la disciplina.

La adquisición de China supone el verdadero gran triunfo de los Estados Unidos, del mundo occidental, desde que terminó la segunda guerra mundial. Es la suma de una quinta parte de la Humanidad. El problema que se plantea es el de la administración de esta nueva riqueza. Dejarla ir demasiado lejos supone un riesgo de guerra. Cortarle el camino demasiado pronto, atarla demasiado corta la privaría de su utilidad. En ningún momento debe Occidente perder de vista la situación de la Unión Soviética. Hoy atraviesa una crisis interna, de la cual la inevitable sucesión de Brejnev no es más que un episodio: esa crisis puede resolverse en una forma de desesperación, o en un regreso a los años de cerco, nada de lo cual sería beneficioso para el mundo en general. El juego inteligente para Occidente sería el de mantener la apertura de China sin dejar de profundizar en la apertura a la URSS que se inició ya en los años del binomio Kennedy-Kruschev. Pero la inteligencia no es siempre la madre de los gobernantes, y hay numerosas fuerzas en el mundo que piensan todavía que la violencia y la hegemonía —la otra hegemonía, la que Hua no denuncia ahora— son las únicas seguridades válidas para Occidente. ■



El juego inteligente para Occidente sería el de mantener la apertura a China sin dejar de profundizar en la apertura a la URSS que se inició ya en los años del binomio Kennedy-Kruschev. En la foto: Hua Guofeng con Valéry Giscard d'Estaing, en París.

el centro de los debates de todo el conjunto de ideas y de acciones que se denomina con el equívoco nombre de eurocomunismo. En cualquier caso, la apreciación global de lo que sucede en la URSS o en China no es válida desde el punto de vista del ciudadano medio de Europa o de los Estados Unidos: hay que tomarla desde la óptica del "coolie" chino, del siervo ruso.

El tercer punto de interés para Occidente está en la

precisa la técnica, el dinero y ciertos estímulos psicológicos del mundo capitalista. Lo que Hua está vendiendo en Europa es, por una parte, el anti-sovietismo: la seguridad de que en la confrontación global entre los dos bloques, China está al lado de Occidente. Lo que quiere comprar es la inversión de capitales extranjeros —a los que garantiza buenos beneficios, y la capacidad de reinvertirlos o retirarlos— y la acumulación de

introducir el estímulo del capitalismo, o de la sociedad de consumo —en el punto en que por ahora es posible— para dar incentivo a ese trabajo y para hacer circular el dinero. Lo cual requiere alguna forma de democracia. Hua explica su fórmula: "Tenemos que desplegar grandes esfuerzos para realizar plenamente la democracia socialista, erigirla en sistema, codificarla bajo forma de leyes, practicarla dentro de un orden, encua-